**MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS EN EL CENTENARIO DEL COLEGIO DE LAS TERCIARIAS FRANCISCANAS DE LA DIVINA PASTORA**

**Benavides de Órbigo, 20 de agosto de 2017**

En el pasaje evangélico que acabamos de escuchar nos resulta extraña la actitud que Jesús muestra frente a la petición que le hace aquella mujer cananea, abrumada por la enfermedad de su hija. Hasta tres veces le insiste la mujer para que Jesús cure a su hija postrada en la cama por la enfermedad. Jesús le responde recordándole que él ha venido a salvar al pueblo judío y que a los hijos de este pueblo se debe en primer lugar. La insistencia de la mujer que lo reconoce como Señor e hijo de David hace cambiar de opinión al Señor que exclama: “¡Mujer qué grande es tu fe, que se cumpla cuanto deseas! Y en aquel momento quedó curada su hija” (Mt 15,28).

Jesús admira y reconoce la fe de la mujer cananea en Él, en su misión y en su poder para curar y salvar. Por esta razón el Señor accede a su petición aunque ella no pertenezca al pueblo judío, el pueblo elegido por Dios. Ante esta actitud del Señor podemos preguntaros: ¿Es posible medir la grandeza o la pequeñez fe como la mide el Señor? ¿Cómo podemos saber la cantidad de fe que tengo o que no tengo? Es evidente que la fe no es algo contable ni medible como lo pueden ser otras acciones o actitudes del hombre. La fe es un don de Dios que nosotros acogemos libremente y con la ayuda de la gracia de Dios desarrollamos. Sólo Dios puede juzgar en este asunto porque sólo él ve en lo más profundo del corazón del hombre. Por eso cuando pedimos por los difuntos añadimos una petición por aquellos cuya fe sólo tu conociste”.

A pesar de la imposibilidad de contar, pesar o medir nuestra fe o la de los demás, sin embargo existen algunos signos que nos indican la grandeza de nuestra fe. El primero de ellos es la confianza en Dios, el reconocimiento explícito de que en sus manos estamos ante cualquier circunstancia de la vida. En este sentido los mártires son grandes en la fe porque prefirieron entregar su vida y derramar su sangre antes de renunciar a la fe. Ellos confiaron en Dios y creyeron en su promesa y son para nosotros testigos de la fe que debemos imitar. El segundo indicio es la coherencia de vida cristiana. Quien cree de verdad busca en todo momento y circunstancia vivir conforme a la fe que profesa. La fe cristiana se expresa en el amor, en la entrega a Dios y al prójimo. Quien acomoda su vida, sus decisiones y sus actitudes al Decálogo expresa la grandeza de su fe. Nos dice el Papa Francisco en la Encíclica *Lumen fidei*: “La fe confiesa el amor de Dios, origen y fundamento de todo, se deja llevar por este amor para caminar hacia la plenitud de la comunión con Dios. El decálogo es el camino de la gratitud, de la respuesta de amor, que es posible porque, en la fe, nos hemos abierto a la experiencia del amor transformante de Dios por nosotros. Y este camino recibe una nueva luz en la enseñanza de Jesús, en el Discurso de la Montaña” (LF 46)

Todavía podemos señalar otro indicador más de la grandeza de nuestra fe. Se trata de la aceptación de los sufrimientos de la vida en la esperanza de que el Señor, según su promesa, los transformará en gracia de salvación para nosotros y para el mundo. La grandeza de la fe se manifiesta en la paciencia, en la serenidad y esperanza con la que vivimos los momentos más duros y difíciles de la vida. ¡Cuántas personas han vuelto a la fe o la han descubierto por el testimonio de la grandeza de la fe de los cristianos ante el sufrimiento y el dolor! Recordemos, por ejemplo, la conversión de Edith Stein. Esta mujer se convirtió al cristianismo al contemplar la actitud de la viuda de su amigo Adolf Reinach ante la muerte de su marido. «La causa decisiva de su conversión al [cristianismo](https://es.wikipedia.org/wiki/Cristianismo) fue la manera en que su amiga aceptó por la fuerza del misterio de la cruz el sacrificio que se le impuso debido a la muerte de su marido». Ella descubrió en esta mujer que quien la sostenía y consolaba en aquella circunstancia era la grandeza de su fe en Jesús y la esperanza de la vida eterna. A través de este testimonio de fe, Santa Teresa Benedicta descubrió la existencia de un verdadero amor sobrenatural que es Dios en quien “vivimos, nos movemos y existimos”. ¡Qué el Señor aumente con su gracia nuestra fe!

En este día damos gracias a Dios por la labor apostólica que ha realizado desde hace cien años las religiosas Terciarias Franciscanas de la Divina Pastora en esta villa de Benavides de Órbigo. Desde el año 1917 hasta hoy la presencia de las religiosas ha sido un testimonio de fe grande en Dios y de un trabajo y sacrificio abnegado por el desarrollo y el progreso de las personas. Han sido muchas las generaciones de alumnas y alumnos que han pasado por las aulas del colegio donde se les enseñó a ser personas y a respetar a las personas porque toda persona tiene una dignidad que es inviolable. Les enseñaron también a ser solidarios y reconocer en toda la creación la mano del Creador. Pero sobretodo transmitieron la fe católica a muchos niños y adolescentes que la abrazaron y la tiene como la biga maestra de su vida. Por todo ello damos gracias a Dios, a las hermanas y a todo el pueblo de Benavides que se mostró siempre acogedor y solidario, reconociendo la labor educativa que las hermanas realizaron hasta que no pudieron ir más más allá por la falta de alumnos debido al invierno demográfico que está padeciendo España y toda Europa. Una circunstancia ésta de consecuencias nefastas para la propia sociedad porque si no hay niños ni familias tampoco habrá en el futuro sociedad.

Celebramos con gozo el centenario; pero lo hacemos bajo la sombra del dolor, la pena y la angustia de los recientes atentados terroristas de Barcelona y Cambrils. Nos unimos al dolor de los barceloneses y de todos los catalanes, españoles y de otros países que fueron víctimas de esta barbarie. Somos conscientes de que las acciones terroristas no sólo acaban con la vida de personas inocentes sino que minan la convivencia social. Los terroristas tratan de infundir miedo para doblegarnos al cumplimiento de unos objetivos que no son capaces de proponer por la fuerza de la razón como hacemos las personas. Además, sus acciones violentas crean un ambiente de sospecha de unos hacia otros que hace insoportable la convivencia. Y lo que aún es más grave, dicen actuar en nombre de Dios como salvadores y guardines de una fe que no es sino un fanatismo ciego de la razón.

Pidamos por intercesión de la Beata Ana Mongas fundadora de la Congragación y catalana de nacimiento, por los que han muerto, por los heridos y sus familiares para que el Señor les conceda el consuelo y la paz. Qué la Madre del Divino Pastor nos cuide en esta vida y nos acompañe en la hora de nuestra muerte.

† Juan Antonio, obispo de Astorga